
CAPÍTULO 3

APUNTES PARA UNA MIRADA PSICOSOCIAL EN EL ESTUDIO DE LA SEXUALIDAD: SUS DERIVACIONES EN LA EDUCACIÓN

*Carla Hernández Aguilar**

INTRODUCCIÓN

El estudio de la sexualidad como fenómeno es relativamente reciente en México. La predominancia de las perspectivas biomédicas, epidemiológicas y demográficas han enfatizado un acercamiento al comportamiento sexual humano a partir de estadísticas y criterios normativos, en contraste con algunas de las aportaciones desde las ciencias sociales planteadas de manera más amplia y compleja. En efecto, la información sobre la sexualidad se ha derivado generalmente de estudios psicoanalíticos o de un enfoque biológico; sin embargo, a partir de los estudios del filósofo Michel Foucault (1977) se le ha mirado como una construcción social, es decir, la sexualidad tiene correspondencias con las necesidades, costumbres y creencias dominantes de una sociedad en tiempos y espacios determinados.

* Profesora-investigadora asociada B. Área Académica Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco.

El interés por la sexualidad está muy relacionado con la curiosidad que genera en las personas en distintas etapas de la vida, con el placer que produce, con la búsqueda de identidad y con los grupos a los cuales se pertenece. Asimismo, ésta se constituye a través de conocimientos de la vida cotidiana como experiencias, informaciones, conversaciones, modelos de pensamiento, tradiciones, discursos científicos, e incluso, la educación. A partir de la sexualidad pueden discutirse las transformaciones socioculturales que afectan la denominada vida privada y que están íntimamente relacionadas con la concepción de nosotros mismos y de los mecanismos de relación con los demás. Aunado a lo anterior, la sexualidad representa también una forma de pensar el mundo y de otorgarle sentido a la vida social a través de sus concepciones y prácticas.

Lo anterior adquiere sentido si se considera que el mundo contemporáneo parece admirado de la realidad con la que se construye a sí mismo, o al menos así lo aparenta, esto ante la enorme cantidad de información a la que se tiene acceso en la actualidad y a la diversificación de actividades humanas, nuevos gustos y prácticas sociales innovadoras. Hoy en día, a pesar de que temas como la defensa de los derechos humanos, el respeto a la diversidad, la eliminación de la violencia, la equidad de género, el reconocimiento a la diversidad familiar, entre otros, pugnan por un nuevo orden social, continúa el discurso sobre lo “políticamente correcto” en algunas de las agendas políticas, educativas e incluso académicas.

Por ello, en el siglo XXI la sexualidad como reflexión académica, como objeto de consumo y como expresión cultural, constituye importante material de reflexión, al ser un tema vigente desde hace tiempo, en los libros de texto y medios masivos, así como en las agendas del activismo y el discurso político. Lo anterior puede entenderse como una preocupación de la sociedad mexicana y, a su vez, argumentarse como un tema de percepción social.

Ante la diversidad de perspectivas y concepciones teórico-metodológicas y disciplinarias en torno a la sexualidad, el presente trabajo se centra en buscar la articulación entre la psicología social y

los estudios de la sexualidad. La psicología social aborda temáticas relacionales que se despliegan entre las personas (no lo que está dentro de las personas); en ese sentido, tanto la sexualidad como el género son ejes que posibilitan abordar dichas relaciones generalmente matizadas por la diferencia y la desigualdad contextualizadas en un sistema económico y político.

Con respecto a la sexualidad, en este capítulo, en primera instancia, se pretende abordarla desde la mirada psicosocial y sus aportaciones más importantes. En un segundo momento, se reflexiona en torno a la práctica educativa de la sexualidad y sus respectivas concepciones, todas enmarcadas en una corriente de pensamiento contemporáneo que exige inmediatez y urgencia para lograr un cambio sociocultural; a pesar de que la vida sexual de las sociedades está enmarcada en procesos de construcción y transformación en el tiempo, donde la centralidad de la vida cotidiana es fundamental. En este capítulo se recuperan también temáticas desarrolladas por estudiantes universitarios como trabajos de tesis, al igual que información procedente de una universidad, referida a algunas representaciones sociales en torno a la homosexualidad.

Por otro lado, comúnmente se ha planteado a la sexualidad como un problema que debe atenderse para evitar dificultades en sus prácticas, por lo que es importante reconocer el énfasis en su enseñanza. Para ello, se han introducido contenidos de sexualidad en los libros de texto y se han diseñado asignaturas dirigidas a su estudio, con el objetivo de que el alumnado adquiriera un sentido de responsabilidad en el ejercicio de su sexualidad. En secundaria, en Ciencias 1, Cívica y Ética 1 y 2 y Asignatura Estatal, hay unidades temáticas; aunque no asignaturas. En lo que respecta a la educación superior, hasta donde se sabe, en programas educativos de licenciaturas como Derecho, Medicina, Trabajo Social, Psicología y Sociología, no se han diseñado aún asignaturas sobre sexualidad, aunque hay contenidos en algunas materias obligatorias y existen cursos optativos. A nivel de posgrado existen pocos cursos, muchos de ellos se caracterizan por el predominio del modelo clínico. En

ese sentido, el reconocimiento y la importancia de la sexualidad como objeto de estudio, así como la relevancia de la educación en este ámbito es clara: se considera que es un asunto que está siendo atendido.

No obstante, los valores, las representaciones, las creencias y las percepciones constituidas a lo largo de los siglos en México y reproducidas a través de agencias socializadoras, han propiciado que la mayoría de prejuicios y censuras prevalezcan. Reconocer a la sexualidad y al género como construcciones sociales, con su historicidad, prácticas y discursos, y a la educación como un proceso de socialización, significa cuestionar también la práctica educativa de la sexualidad. Habrá que pensar la educación de la sexualidad como un instrumento de transformación más que uno que reproduce y legitima las desigualdades.

UNA APROXIMACIÓN A LOS ESTUDIOS DE LA SEXUALIDAD

Si bien la medicina y el psicoanálisis han contribuido al estudio de la sexualidad, ambos campos de conocimiento tienen objetos de estudio más amplios. La sexología es la única disciplina reconocida que tiene como objeto de estudio “propio” a la sexualidad. No obstante, en la actualidad el centro de interés radica en los aspectos fisiológicos, anatómicos y patológicos, que predominan desde los enfoques sexológico y biomédico (Rosales, 2011). En contraste, disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología social se han interesado en el estudio de la sexualidad desde otra mirada, y han hecho aportaciones teóricas para la comprensión de la sexualidad como una construcción sociocultural.

Sin embargo, pensar la sexualidad desde la diversidad de perspectivas de las ciencias sociales continúa siendo un reto. A pesar de las coincidencias entre autores en cuanto a que se trata de una construcción social (Weeks, 1998), han sido múltiples los intentos por conceptualizarla desde diferentes reflexiones teóricas: psicoanalítica,

sociológica, antropológica, biológica, así como perspectivas: legal, conductual y sistémica (Rubio, 1994).

Los primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México durante los años ochenta y noventa, se caracterizaron por las encuestas por muestreo de corte epidemiológico y sociodemográfico de los comportamientos reproductivos y anticonceptivos a fin de detectar conductas sexuales en jóvenes y prácticas de riesgo de transmisión de VIH (Szasz, 1998). La indagación sobre la sexualidad estaba enmarcada por una apreciación biomédica especializada en la cuantificación y la caracterización de los comportamientos; sin embargo, muy pronto quedaron expuestas las aparentes incongruencias entre los deseos, intereses, necesidades de las personas y las prácticas sexuales que las personas declaran tener, en relación con las desigualdades sociales y las relaciones de poder que permeaban a las mismas (Szasz, 1998).

A partir de lo anterior, algunos estudiosos de las ciencias sociales iniciaron el estudio de la sexualidad en México desde la subjetividad de los actores sociales y a partir de las relaciones sociales y las instituciones involucradas en su configuración; considerando a estos aspectos como relevantes para el reconocimiento de la diversidad de prácticas sobre la sexualidad existentes en distintos grupos humanos. Esta perspectiva de investigación sostiene que la sexualidad es una construcción sociocultural e histórica que se transforma según la época, la región, la cultura, el género, la etnia, la clase social. Los autores de esta corriente centraron su interés en la búsqueda de significados sobre la sexualidad establecidos en diferentes culturas, las cuales organizan y dan sentido a las experiencias subjetivas y colectivas, a la vez que construyen identidades, ideologías y normas (Weeks, 1998). En esta perspectiva, la atención se centra en los vínculos entre comportamientos sexuales, relaciones, asimetrías, poder, discursos y silencios que norman y le dan sentido a estos comportamientos.

Diversos autores han coincidido en que al emerger la sexualidad en un lugar central de los discursos públicos y del campo de la

salud sexual y reproductiva, los debates sobre la transformación de las sexualidades, como objeto de reflexión actual, adquieren sentido (Szasz, 1998). Para comprender este nuevo enfoque del estudio de la sexualidad, debe considerarse el cambio de paradigma en la demografía y en las conferencias organizadas por las Naciones Unidas durante la década de los noventa: la Conferencia de Derechos Humanos, Viena, 1993; Población y Desarrollo, El Cairo, 1994; y la Cuarta Conferencia Internacional de la Mujer, Pekín, 1995 (Ortiz-Ortega, 2009). Se observa que en todas ellas se pretende destacar el tránsito de las implicaciones sociodemográficas y epidemiológicas de la sexualidad como objeto de estudio, a los significados expresados a través de las relaciones desiguales y las limitaciones en el bienestar de la sexualidad.

En consecuencia, muchas investigaciones se caracterizaron por el entrecruzamiento entre la esfera pública y privada en torno a la sexualidad y la reproducción, además de que enfatizaron la necesidad de comprender cómo las prácticas y los discursos influyen en la construcción del deseo sexual, el acceso a los servicios, las construcciones subjetivas del derecho, la construcción social de lo femenino y lo masculino, las relaciones de poder y el ejercicio desigual de la sexualidad en diversos grupos. En México, autores representativos de este enfoque son: Minello (1995), Amuchástegui (1994), Rivas (1994), Figueroa (1993), Liguori (1995), Rodríguez *et al.* (1995), Martina (1995), cuyos trabajos están expuestos en el texto *Sexualidades en México* (Szasz y Lerner, 1998). Asimismo, se ha reconocido la importancia de los estudios históricos sobre sexualidad en México, especialmente aquellos sobre las prácticas sexuales de los pueblos mesoamericanos precolombinos (Dávalos, 2002), además de temas como la reconstrucción y la transgresión de sus normas; o bien, la normatividad eclesiástica y civil durante el periodo colonial. Tal es el caso de Enrique Dávalos (2002), Marcela Dávalos (1994), Gruzinski (1988), Haliczzer (1998), e incluso en culturas indígenas y rurales (Rosales, 2009). Todos ellos tratan aspectos relevantes en la conformación y transformación del pensamiento social de una época.

Desde esta perspectiva, el estudio de la sexualidad intenta comprender ciertos procesos a través de los cuales individuos y grupos sociales han desplegado expresiones de conformidad e innovación en medio de la tensión de las normas convencionales, las nuevas legalidades y realidades sociales. Para ello, ha sido necesaria una mirada renovada a lo que ocurre en las dimensiones individual y social, espacio en donde se construyen nuevas identidades, se desenvuelven las relaciones de género, se ejercen los derechos y se constituyen arreglos familiares diversos. De ahí la importancia de educar y transformar respecto al ejercicio de la sexualidad en sus diferentes dimensiones como el placer, la reproducción, el género, los afectos y el ejercicio del poder. No obstante, debe aclararse que no se trata sólo de establecer puentes entre los componentes considerados “clásicos” de la salud sexual y reproductiva con los derechos sexuales y reproductivos, sino considerar la construcción de identidades desde la diversidad sexual y genérica dentro de nuevos desarrollos conceptuales, metodológicos y pedagógicos para investigar y enseñar sobre la construcción social de las sexualidades, la reproducción (es) y los derechos (Ortiz-Ortega, 2009).

Como puede apreciarse, el compromiso por la consolidación del reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos como referencia de una renovada relación entre el Estado y la sociedad civil está presente. Numerosas investigaciones interdisciplinarias relacionadas con la construcción sociocultural del género, las sexualidades, los derechos sexuales, la salud sexual y reproductiva, realizadas específicamente en el ámbito académico latinoamericano pueden dar cuenta de ello. Al respecto, Ortiz-Ortega y Rosales (2009) no sólo proponen superar cualquier enfoque basado en comportamientos individuales o bajo una perspectiva medicalizadora que considera que lo que ocurre en el terreno de las sexualidades y la reproducción es esencialmente un fenómeno biológico; también argumentan la necesidad de dar cuenta de cómo las relaciones sociales construyen las prácticas, los discursos y políticas en el (los) terreno (s) de la sexualidad (es), aspecto que puede apreciarse en

investigaciones sobre atención a la violencia sexual (Schiavon, Ortiz, Ubaldi y Troncoso, 2009), sexualidades e identidades de género en mujeres indígenas (Rosales, 2009), homomaternidades y monoparentalidades (Haces, 2009), erotismo y placer (Rodríguez, 2009), percepciones de la calidad de la atención médica en mujeres embarazadas (Camarena, 2009), y en otros estudios que versan sobre la sexualidad de migrantes mexicanos (Salgado en Szasz y Lerner, 1998), así como dilemas de la actividad sexual femenina (Amuchástegui en Szasz y Lerner, 1998).

En esta línea de investigación, no sólo los trabajos anteriormente mencionados representan un conjunto de reflexiones teórico-metodológicas para el estudio de la sexualidad como un objeto socialmente construido, también cuestionan la visión normalizadora de la sexualidad y la universalidad de las construcciones. Para Ortiz-Ortega y Rosales (2009), el estudio de las sexualidades y las reproducciones requiere ser desmedicalizado, desnaturalizado y su análisis orientado más allá del tratamiento psicológico, médico o el de la moral dominante, a fin de ofrecer desde diversas perspectivas a problemas sociales que incluso promuevan el debate académico con respecto al reconocimiento de la diversidad familiar, el diseño de políticas públicas respetuosas de las garantías individuales y los derechos humanos, y que coadyuven a la revisión de la actuación educativa.

LA SEXUALIDAD COMO CATEGORÍA EN PSICOLOGÍA

Una vez señalada la diversidad de perspectivas en cuanto al estudio de la sexualidad, resulta pertinente exponer una revisión de la investigación de la sexualidad desarrollada por la psicología para conocer los alcances de su producción y encontrar el eje conductor que opera en cada uno de sus contextos. Una forma de iniciar es plantear preguntas acerca de los sustratos psicológicos, dentro del estudio de la sexualidad: ¿cómo ve la psicología la sexualidad?, ¿qué es lo psicológico de la sexualidad?

Entre las definiciones características de esta aproximación figuran: “la sexualidad es el conjunto de características biológicas, psicológicas y socioculturales que nos permiten comprender el mundo y vivirlo a través de nuestro ser como hombres y mujeres” (Monroy, 1994, p. 344). De igual manera, Baumeister (2001, p. 3) indica que, para la psicología, la sexualidad es “una función natural, biológica y con determinantes evolutivos”.¹ En otras palabras, la apreciación psicológica de la sexualidad refiere que ésta es una característica innata e instintiva, que puede tener alteraciones y que cuenta con ciertos patrones de expresión.

Para Monroy (1994), la sexualidad está constituida por tres diferentes dimensiones que interactúan en todos los planos de nuestra vida: *a*) biológica: conjunto de características anatómicas y fisiológicas que nos diferencian en femenino y masculino para asegurar la reproducción relacionadas con el desarrollo sexual, el deseo y la respuesta sexual; *b*) psicológica: entendida como comportamiento sexual, normalidad y anormalidad, orientación sexual; y *c*) cultural: influencias sociales y culturales moldean la manifestación del sexo biológico, actitudes, roles de género y guiones sexuales para lograr la convivencia social a través de normas y valores (Monroy, 1994). Este planteamiento considera que las tres dimensiones se presentan de forma conjunta en hombres y mujeres e influyen directamente en su desarrollo, ejercicio y experiencia de la sexualidad. Se argumenta que tanto la sexualidad como las personas poseen una dimensión biopsicosocial y que el desarrollo sexual acontece en etapas evolutivas; sin embargo, el énfasis se centra en el individuo como unidad de análisis.

En la perspectiva psicológica han influido tres teorías clásicas, las cuales han intentado ofrecer una explicación acerca del proceso de desarrollo de la sexualidad: *a*) la teoría psicoanalítica que plantea la resolución del Edipo y la identidad con el progenitor del

¹ Traducción libre de la autora: “sexuality as an innate part of the human being, emphasizing, biological and evolutionary determinants” (Baumeister, 2001, p. 3).

mismo sexo para el establecimiento de la identidad sexual; *b*) la teoría del aprendizaje social centrada en la distinción de diferentes patrones de conductas sexuales tipificadas a fin de generalizar posteriormente estos aprendizajes a situaciones nuevas; y *c*) la teoría cognitiva en la que se considera a las estructuras cognitivas como las responsables de la evolución sexual, por lo que todo juicio cognitivo que el sujeto hace respecto al hecho de ser niño o niña es fundamental. La predominancia del modelo sobre el procesamiento de la información, en los años ochenta, aportó también el concepto de “esquema” para explicar la adquisición de la identidad y de los roles de género en función del grado en que se organiza la experiencia, de acuerdo con diferentes categorías.

Como puede verse, las conceptualizaciones acerca de la sexualidad en la psicología no posibilitan efectuar un análisis de género, es más, ni siquiera pueden verse como una categoría relacional que se despliega en la cotidianidad en conflicto permanente. Por consiguiente, las relaciones de poder construidas tampoco son cuestionadas, lo cual enfatiza los aspectos centrados en la conducta individual y en la visión enfocada en la biología relacionadas con el desarrollo y expresión de la sexualidad.

Para ilustrar las temáticas de interés en sexualidad, se consultaron tesis de estudiantes de licenciatura de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) desde 1980 a la fecha.

De acuerdo con la tabla siguiente, los intereses que han guiado el estudio de la relación entre sexualidad y psicología que pueden apreciarse son: 1) las perspectivas enfocadas a la educación de la sexualidad, casi siempre desde la promoción y prevención, bajo el supuesto de incluir los nuevos temas, la innovación de estrategias y los mejores materiales para persuadir con respecto a la toma de decisiones adecuadas; 2) el estudio y cambio de las actitudes frente a la sexualidad (conocimientos, anticonceptivos, homosexualidad); 3) autoestima, autoconcepto y asertividad relacionados con el ejercicio de la sexualidad; 4) sexualidad y discapacidad; 5) sexualidad,

Temas relacionados con la sexualidad en las tesis de licenciatura de la Facultad de Psicología de la UNAM de 1980 a la fecha

1980	1990	2000	2010
<ul style="list-style-type: none"> – Sexualidad y discapacidad. – Educación sexual. – Evaluación de programas de educación sexual. – Medición de actitudes. – Estrategias grupales para el aprendizaje de la sexualidad. – Conocimientos sobre sexualidad. – Perspectivas filosófica, histórica y psicosocial de la sexualidad. – Sexualidad y adolescencia. – Aspectos socioculturales sexualidad femenina. 	<ul style="list-style-type: none"> – Sexualidad y sida. – Socialización de la sexualidad y libros de texto. – Evaluación de conocimientos docentes sobre sexualidad. – Educación sexual (programas, talleres y manuales). – Prevención de salud mujeres. – Adolescencia y sexualidad. – Actitudes hacia la sexualidad y anticoncepción. – Atribuciones y sexualidad. – Percepción de la sexualidad en instituciones religiosas. – Autoconcepto, autoestima, asertividad y sexualidad. – Enfermedad, discapacidad, estilos de afrontamiento y sexualidad. – Climaterio y sexualidad. – Conceptos y significados de sexualidad. – Satisfacción marital y sexualidad. – Escritos de mujeres mexicanas con respecto a su sexualidad (1979-1992). – Relación padres, hijos y sexualidad. – Sexualidad femenina y el vínculo con la madre. – Concepto sexualidad en Freud. 	<ul style="list-style-type: none"> – Diseño, evaluación y aplicación de programas y talleres de sexualidad. – Formación y desempeño profesional del egresado y sexualidad. – Revisión programas educativos y elaboración de instrumentos sobre sexualidad. – Cambio de actitudes y modificación de conocimientos. – Enuresis y sexualidad. – Autoestima y autoconcepto. – Sexualidad en comunidad mazahua. – Culpa, vergüenza y sexualidad. – Sexualidad y climaterio. – Estudios comparativos (homosexuales y heterosexuales). – Sexualidad y vejez con perspectiva de género. – Repercusiones del abuso sexual. – Educación sexual (talleres, sensibilización, materiales educativos). 	<ul style="list-style-type: none"> – Elaboración de materiales educativos. – Enseñanza de la sexualidad y discapacidad. – Cuerpo, sexualidad y poder. – Programas y talleres de sexualidad. – Mitos y creencias en la comunicación de la sexualidad entre padres e hijos. – Construcción social de la sexualidad. – Autoconcepto y sexualidad. – Sexualidad en pacientes histerectomizadas. – Prácticas y costumbres sexuales en indígenas zoques. – Sexualidad y doble moral. – Actitudes hacia la sexualidad. – Representación social y ejercicio de la sexualidad.

procesos de enfermedad y cambios propios del curso vital; 6) la relación entre padres e hijos; y 7) la sexualidad como construcción social.

La perspectiva biomédica de la sexualidad está presente en algunos de los trabajos alusivos a las transformaciones corporales a lo largo del curso vital y a las encuestas con respecto a la edad de iniciación y el número de parejas sexuales. En contraste, llama la atención que a pesar del auge actual de la perspectiva de los derechos humanos (derechos sexuales y reproductivos) no haya un impacto aún en los trabajos, a pesar de que algunos de ellos, principalmente en los pocos escritos bajo la concepción de la construcción social de la sexualidad, mencionan la generación de leyes y normas a favor de la igualdad y la equidad.

Se puede decir que en el campo de la psicología la sexualidad ha sido estudiada con una visión individual y esencialista. Tanto los componentes fisiológicos, hormonales y anatómicos tienen aún demasiado peso; por consiguiente, las explicaciones sobre la sexualidad suelen caer en el simplismo o en el autoritarismo, sin dar cabida a la existencia de un amplio repertorio de experiencias y vivencias sexuales.

Por tanto, entre dicotomías y clasificaciones, la frase “no hay nada más moderno que la psicología” adquiere sentido; puede decirse que a pesar del gran interés en esta perspectiva el campo de la sexualidad es débil teóricamente, especialmente porque los trabajos consultados en su mayoría expusieron datos duros estadísticos sin discusión, muchas veces en condiciones lejanas a la realidad cotidiana, o con muy poca reflexión de su significado teórico. En el peor de los casos, se pasa inmediatamente a la acción, a un decidido propósito de intervenir.

MIRADAS PSICOSOCIALES Y EL ESTUDIO DE LA SEXUALIDAD

El trabajo experimental de Wilhelm Wundt en Leipzig y su obra *Psicología de los pueblos* sirven como referente para exponer las diferentes formas de pensar la psicología social, en el siglo XX fueron tres: 1) la psicología colectiva (interesada por el orden, la imitación, la sugestión, la opinión, la conversación, la comunicación, la mente grupal, las multitudes, los públicos, la afectividad); 2) la psicociología (la psicología social como ciencia de la cultura, el estudio de los procesos psicológicos no pueden hacerse de forma individual y fuera de contexto, cuestionar la dicotomía individuo sociedad, el acto social como lo fundante de lo social, no la interacción); y 3) la psicología social individual (que se concibió como parte de la psicología general).

No obstante los sucesos de la época, el predominio de ciertos paradigmas sobre otros y la necesidad de la psicología por ser reconocida como ciencia, contribuyeron a la preeminencia de la perspectiva experimental y, con ello, no sólo se excluyeron otros paradigmas del escenario académico, sino que también los discursos disciplinares tomaron ciertas formas y dejaron de lado a otras, tal como sucedió con la “desaparición” de la psicología colectiva. Fue así como el propio desenvolvimiento histórico de la psicología social manifestó diferentes tendencias que dieron luz a que se conformaran dos grandes tradiciones de pensamiento: la psicología social psicológica, conocida como norteamericana, y la psicología social sociológica, conocida como europea (Álvaro, 2003). Las dos tradiciones han enriquecido a la psicología social, aunque cabe aclarar que la división entre ambas escuelas de pensamiento está en función de sus planteamientos teórico-metodológicos y no en sus aspectos geográficos.

Antes de abordar las tradiciones de pensamiento señaladas anteriormente, es preciso revisar las ideas de Tirado (en Ibañez, 1992) en cuanto a que la psicología social rompe con la asunción de ser “¡la disciplina que se ocupa de procesos que tienen que ver

esencialmente con el individuo y su psique!” (Tirado en Ibañez, 1992, p. 13) y argumenta:

Hay una multitud de definiciones sobre su objeto de análisis: algunas enfatizan la necesidad de buscar las causas del comportamiento y del pensamiento de los individuos en situaciones sociales concretas, otras plantean que la materia es la ciencia del conflicto entre individuo y sociedad, y también las hay quienes postulan que el objeto de la Psicología social está en los fenómenos relacionados con la ideología y la comunicación (Tirado en Ibañez, 1992, p. 14).

En coincidencia con el autor, todas las definiciones comparten una preocupación en común: mostrar los marcos sociales y culturales que tienen los fenómenos psicológicos. Se puede afirmar que “la psicología social estudia cómo los procesos psicológicos y las acciones, relaciones, interacciones, etcétera de nuestra vida cotidiana se tienen que concebir y analizar dentro de los marcos sociales y culturales en los que siempre se dan (Tirado en Ibañez, 1992), y agrega, “la psicología social se constituye como un corpus de saber, que proporciona una dimensión sociocultural a todos estos fenómenos que consideramos habitualmente psicológicos, individuales e ‘intrapésicos”” (Tirado en Ibañez, 1992, p. 14). En ese sentido, queda claro que la psicología social no es una rama de la psicología, sino que se trata de una disciplina con historia e identidad propia; cuando se habla de lo psicosocial, no se hace referencia a un campo disciplinario con límites rígidos como tampoco a un objeto de estudio en particular, lo psicosocial es una aproximación, una forma de mirar y cualquier tema puede ser abordado bajo esta perspectiva. En este caso, la sexualidad.

La psicología social, dice Fernández:

... es la historia de un estilo de pensamiento que arranca a partir de una serie de intuiciones raras y sutiles, como la de los pensamientos compartidos, la interacción, la realidad simbólica; es la historia de una corriente psíquica intersticial que flota como aire entre las personas que habitan el mundo cotidiano (Fernández, 1994, p. 11).

En la historia de la psicología social, agrega el autor, se sigue insistiendo en una forma de pensamiento que vea lo social como psicológico y a lo psicológico como social. Asimismo, pretende mostrar que hay una gama de realidades que no se puede entender desde ninguna parte, ni de la sociología, ni de la filosofía, ni de la psicología individual, y que hay una disciplina que se llama psicología social que es capaz de comprenderla (Fernández, 1994). A lo anteriormente expuesto, puede agregarse lo dicho por Navalles:

La mayor originalidad de la psicología social proviene de los escenarios que ha recorrido y con los cuales en ocasiones ha coincidido, y que a veces con estos mismos ha colisionado; por ejemplo, entre lo discursivo donde todo es lenguaje, posturas y conteo de palabras, y lo experimental donde todo es comportamiento medible y cuantificable, yendo de lo multitudinario a lo grupal, transitando entre lo histórico, lo dialéctico, lo positivo, lo racial y lo espiritual (Navalles, 2012, p. 77).

Después de este análisis sobre el objeto de esta disciplina, la pregunta es ¿cómo ve la psicología social la sexualidad?, ¿qué ha dicho la psicología social en torno a la sexualidad?, ¿qué es lo psicosocial de la sexualidad? Ante la indefinición del objeto de estudio de la psicología social, Doise (1983) propone diversos niveles de explicación de la realidad psicosocial (individual, interpersonal, grupal, societal) como articulación de lo psicológico y de lo sociológico en la dinámica de la interacción social. Es decir, su propuesta se centra en cómo los procesos psicosociales constituyen lo individual a partir de lo social y de lo social a partir de lo individual. Es así como pueden identificarse, como ya se mencionó, dos grandes tradiciones de pensamiento en psicología social: la psicología social psicológica, la cual tomó a las actitudes y a las opiniones como representativas del campo de estudio, además de darle primacía a las manifestaciones del sujeto que son posibles de medir y cuantificar; y, por otro lado, la psicología social sociológica que propone una ruptura con la concepción gnoseológica de la escuela de psicología social

psicológica al ofrecer la alternativa del *alter*, las representaciones sociales que unen al sujeto y al objeto en interacción.

Ambas escuelas han hecho aportaciones, aunque ha sido la psicología social psicológica la que ha tenido mayor auge en la investigación psicosocial de la sexualidad.

Psicología social psicológica

La psicología social psicológica, considerada como la psicología social hegemónica, ha dotado a la sexualidad de una dimensión que hace posible su estudio como fenómeno social. Desde esta perspectiva, la concepción de la sexualidad como “un conjunto de patrones grupales en los cuales la gente participa de manera conjunta bajo la influencia de la presión social y como forma de relacionarse entre sí”,² fue adquiriendo paulatinamente dicha peculiaridad al relacionarse con temas como las actitudes, las opiniones, la influencia, el prejuicio, la atribución, la agresión, la toma de decisiones.

Dicha aproximación se caracteriza por la existencia de procedimientos experimentales para estudiar los procesos cognitivos, los temas están organizados más por áreas de contenido que por concepción teórica, hay una preferencia por las teorías de alcance medio con énfasis en las áreas aplicadas. El estudio de las actitudes y las opiniones han sido el estandarte de esta tradición psicosocial. Su fundamentación epistemológica parte de la relación heterogénea que se da entre el sujeto y el objeto, dándole mayor importancia al estudio del individuo. Al dejar de lado al objeto, se priorizan las manifestaciones del sujeto, comportamientos, actitudes, opiniones, viables de medir y cuantificar. Se asume que el conocimiento es reflejo o copia de lo que se mida del sujeto individual.

² Traducción libre de la autora: “As a group of behavior patterns that people engage in together, under the influence of social pressures, and indeed as ways that people relate to one another” (Baumeister, 2001, p. 1).

El objetivo primordial de la investigación en sexualidad ha sido obtener información sobre las “causas e interrelaciones asociadas a una serie de acciones” (Pick y Díaz Loving, 1994, p. 77). La investigación exploratoria ha indagado conceptos, fenómenos e indicadores que deben incluirse en el desarrollo de la investigación; en el área de la sexualidad puede citarse la búsqueda del significado semántico de los conceptos de noviazgo, matrimonio e infidelidad (Pick, Givaudan y Díaz Loving, 1994) para construir hipótesis e instrumentos de medición. En cuanto a las modalidades de investigación, la de corte epidemiológico busca las características generales e incidencias de un fenómeno en cuestión en una población, expone con qué frecuencia, cuántos y quiénes practican ciertos patrones de conducta, mas no responde a los cómo ni los por qué de los fenómenos. Las encuestas de opinión sobre educación sexual y la incidencia de conductas de riesgo (Pick y Díaz Loving, 1994) representan lo anterior, mientras que la investigación correlacional da cuenta del grado de asociación entre variables; ejemplo de ello es la relación positiva entre presencia de embarazos en la adolescencia y en el que en varios miembros de la familia se haya mostrado el mismo patrón durante la adolescencia (Pick y Díaz Loving, 1994).

Por otro lado, los estudios diagnósticos pretenden definir las características de un grupo o población a fin de planear y trabajar algún programa (Pick y Díaz Loving, 1994). Su objetivo es predecir determinantes y antecedentes de la formación de actitudes, adquisición de conocimientos o ejecución de conductas particulares a partir de variables como socialización, normas, percepción, atribución y motivación, que son identificados, clasificados, medidos o manipulados, con el fin de evaluar su impacto en las variables sexuales de interés. Los tipos de análisis estadísticos confirman hipótesis con modelos predictivos, lo que permite considerar la interacción entre diferentes variables y proporciona resultados más detallados. Tal es el caso de los estudios realizados para evaluar el modelo de acción razonada de Fishbein y Ajzen como predictor de uso del condón

en trabajadores del Estado (Díaz Loving en Pick, Givaudan y Díaz Loving, 1994), en los cuales se encuentran coeficientes de determinación que indican que parte de la varianza de dicha conducta es predicha por las variables incluidas en el modelo que son: intención conductual, norma subjetiva, actitud hacia la conducta. En este caso, se expone que la actitud hacia la conducta por parte de las mujeres es más importante al referirse a sus relaciones con parejas ocasionales y que la norma subjetiva, lo que piensan otras personas importantes para ellas, se vuelve más significativa cuando se refiere al uso del condón con la pareja regular. Finalmente, la investigación evaluativa es indispensable para determinar qué acciones tomar en el campo de la sexualidad.

Entre los temas que han emergido en torno a la investigación psicosocial en sexualidad, desde la perspectiva de la psicología social psicológica pueden mencionarse: la actitud de los padres sobre la educación sexual en la familia, patrones de conducta relacionados con el ejercicio de la sexualidad, la influencia de los amigos, los modelos de roles sexuales, las instituciones incluyendo las escuelas, los medios de comunicación sobre la adquisición y transmisión de conocimientos, así como también el estudio de las actitudes hacia el comportamiento sexual fundamentado en los trabajos de Fishbein y Ajzen acerca de cómo los conocimientos determinan las actitudes y cómo éstas, a su vez, influyen en las intenciones y en la conducta. Otros ejemplos son la influencia del contexto sociocultural en las actitudes con respecto a la maternidad, el inicio de las relaciones sexuales, estudios sobre infidelidad y satisfacción marital (Fishbein y Ajzen citados por Pick y Díaz Loving, 1994).

Entre las críticas a la psicología social psicológica destacan su etnocentrismo occidental y las correlaciones entre matrimonio heterosexual y reproducción, a través de conceptos como “premarital”, “extramarital”, entre otros (Baumeister, 2001), excluyendo otras expresiones de la sexualidad. Los objetivos de esta perspectiva giran en torno a predecir modelos de tipo cuantitativo basados en conductas observables o constructos medibles (autoestima,

actitudes, asertividad, receptividad sexual [Baumeister, 2001]), los resultados suelen presentarse en porcentajes y correlaciones con gran tendencia a mostrar resultados diferenciales para hombres y mujeres, aunque sin hacer una lectura desde la perspectiva de género. En suma, la psicología social psicológica, según Baumeister (2001), a pesar de proponer una visión más social, continúa otorgando importancia a los factores biológicos del comportamiento, tal como puede apreciarse en su argumentación sobre que las diferencias de sexo en el tema de los celos se deben a aspectos evolutivos, fisiológicos y psicológicos. Si bien en su análisis incluye diversos factores importantes, presenta una perspectiva fragmentada de la sexualidad.

Psicología social sociológica

Los fundamentos epistemológicos de esta escuela de pensamiento proponen una ruptura con la concepción gnoseológica de la psicología social psicológica. El conocimiento psicosocial es producto de la interacción entre sujeto y representación por medio de la conceptualización, influenciada, a su vez, por la percepción que hay entre el objeto y la representación social. En ese sentido, la sexualidad puede concebirse como: “un atributo histórico de los sujetos, de la sociedad y de las culturas”, ya que está implicada en las relaciones que establecen, en sus estructuras, en sus instituciones y en la vida cotidiana. Por su contenido simbólico y la fuerza que éste ejerce sobre los sujetos, podemos decir que la sexualidad forma parte central en el complejo fenómeno de la “hominización” (García, 2007, p. 109).

Como planteamiento, la psicología social sociológica rescata el origen social de las ideas al asumir que todo conocimiento se edifica y se comparte en sociedad, enfatizando el plano interpersonal y no intraindividual. Es a partir de la interacción social de lo que pasa entre las personas como se origina el material psíquico con el cual

los seres humanos orientan sus acciones. En otras palabras, los seres humanos perciben y entienden el mundo gracias a las relaciones con los grupos, la cultura y la sociedad en la que se insertan.

La psicología social sociológica está basada en la interacción simbólica y en teorías de largo alcance que tratan de explicar la relación entre las personas. Sus áreas clave son los papeles sociales, los procesos psicosociales como la interacción, la socialización y la comunicación, el *self* o noción de sí mismo, el lenguaje y la conducta colectiva. Todos ellos temas centrales para el estudio de la interacción simbólica. Mientras que la otra escuela de pensamiento psicosocial, la psicología social psicológica, se centra en procesos individuales (actitud, cognición social y percepción), en la psicología social sociológica la unidad de análisis básica son los grupos. Esta escuela propone comenzar en el contexto social y utilizarlo para explicar la conducta individual, las diferencias individuales están atribuidas a las diferencias entre los grupos y entre las culturas de referencia. Como tales, las diferencias se producen no exactamente en las actitudes, sino en la percepción y en la forma en que la gente piensa; el lenguaje y demás procesos simbólicos proporcionan un poderoso instrumento para tratar con las personas y situaciones; los procesos sociopsicológicos tienen una temporalidad y no son universales; el reconocimiento de la centralidad de la vida cotidiana es fundamental como también lo es el que en la psicología social, especialmente en su versión construccionista, se asume la crítica de sí misma. Además de estos dos enfoques de la psicología social, cabe mencionar a la psicología colectiva y a la teoría de las representaciones sociales como perspectivas que aportan información valiosa a los estudios de la sexualidad.

Psicología colectiva

Para Fernández (2006), el nombre con el que empezó la psicología social fue el de psicología colectiva, interesada en las multitudes, la

opinión, la conversación, la comunicación y la mente grupal. A pesar de su “desaparición” del escenario, las valiosas aportaciones de Blondel (1964), Halbwachs (2004) y otros autores, la encarnan como una tradición de pensamiento. Es hasta 1994, cuando en México, Fernández (1994) la recupera. Si bien este no es el espacio para desarrollar ampliamente el tema, se hará referencia a algunos de sus conceptos: 1) la concepción de la sociedad como entidad psíquica y el interés en el estudio del pensamiento de la misma; 2) el pensamiento de la sociedad como entidad total que se desarrolla y transforma, no mediante cambios internos, sino a lo largo del tiempo, por tanto, la realidad psicológica es forzosamente histórica; 3) el énfasis interactivo de la sociedad permite una psicología pública; y 4) el pensamiento de la sociedad está hecho de formas lo cual la hace una psicología estética. El pensamiento de la sociedad no puede ser necesariamente racional, ni conceptual, aquí se asume que es afectivo. La afectividad como forma de pensamiento, de acuerdo con Fernández:

El tipo de objeto que le parece corresponder a la psicología colectiva es el de un pensamiento muy largo y muy lento, que tarda años y siglos en gestarse y cambiar, y que, por lo tanto, desde el punto de vista de un solo momento dado, no parece ni que se mueva ni que exista: el pensamiento que estudia la psicología colectiva es de la tradición y la memoria, de las rutinas y las costumbres, de alguien que no vive sesenta años, sino siete siglos, como lo es, concretamente, el tejido de la vida cotidiana [...] Esa continuidad de pensamiento es lo que estudia la Psicología colectiva (Fernández, 1994, p. 10).

En otras palabras, la psicología colectiva se interesa, entre otras cosas, en explicar el proceso de transformación de la sociedad. Para ello, utiliza todos los elementos simbólicos relevantes para ésta, ya que todos los elementos que una sociedad contiene durante su proceso intersubjetivo de transformación son comunicables.

Hablar de percepción, pensamiento, memoria, afectividad, lenguaje, en esta tradición, implica considerar que estos no son individuales ni que están dentro de la cabeza de las personas; por

consiguiente, se aprende a ser, a percibir, a pensar, a hablar, a recordar, a olvidar, e incluso, a amar en sociedad. Cabe aclarar que el concepto de percepción no es el empleado por la psicología dominante que hace referencia a los sentidos y formas de los objetos, a pesar de que la percepción social nos inserta en el mundo de los significados. Para Blondel (1964), el significado se despliega en el lenguaje que la expresa. Gracias a ellos, se puede interpretar el mundo en un momento histórico, tiempo y lugar. En ese mismo sentido, Fernández (2006) afirma que la percepción es social; su formación depende del lenguaje. Es decir, toda percepción de un objeto es denominación del mismo, y su inserción como objeto percibido –en un sistema organizado de representaciones que expresan una visión del mundo– no es concebida ni instaurada por el individuo, sino por las colectividades a las que se pertenece. Blondel (1964) denomina “genérica” a esta percepción, ya que sólo es posible en función del contexto que impone a los individuos de manera inmediata, en su forma de leer y comprender las palabras. Como tal, supone la intervención de la inteligencia al ir más allá de percibir formas y texturas. Sitúa a los objetos en el género en el que pertenecen, en cuadros de experiencia a fin de dar comprensión y sentido a los objetos. Se trata de una percepción relacionada a un sistema común de significados.

Para la psicología colectiva, el estudio de la sexualidad, desde la percepción social, radica en cómo es que miembros de una colectividad aprenden a percibir la realidad a través de un proceso cultural y los significados, las representaciones y las actitudes son transmitidas y compartidas por su medio social a través de las interacciones con otras personas. Siguiendo esta idea, es posible explorar en el pensamiento de un grupo dicha percepción social respecto al tema de la sexualidad. Hablar de ésta desde la percepción social, tal y como lo exponen Blondel (1964) y Fernández (1994), permite conocer el sentido que un grupo le da al término sexualidad y la comprensión que tienen de la misma, así como la manera en que la significan; por ejemplo, que la percepción que tiene un grupo de

adolescentes respecto a la sexualidad es una construcción social que limita su desempeño personal e intensifica la diferenciación sexual y en consecuencia los roles de género (Villanueva, 2012). Finalmente, es importante incorporar a estas reflexiones la recuperación de la memoria comunicativa en México con respecto a la discusión del género propuesta por Rodríguez (2012). Para el autor, la memoria comunicativa puede entenderse como aquello del pasado que quedó como residuo en la comunicación y que permite explicar ciertas lagunas, así como el ejercicio del olvido. A partir de la exposición de tres episodios del porfiriato, Rodríguez (2012) refiere que la mujer del siglo XIX no fue el único agente social de discriminación pese a sí haber sido el sujeto más representativo de la estigmatización social.

No obstante, según el autor, el ejemplo que permite ver en negativo el concepto de mujer en el porfiriato es constituido curiosamente por hombres; en específico, el grupo de varones más comentado de noviembre de 1901: los famosos 41. Sus excesos, fuente de escándalo, fueron castigados con su envío a las fuerzas militares. De esta manera, el clandestino mundo homosexual fue descubierto y, con ello, se puso en evidencia la noción moderna de homosexualidad en México, bajo un discurso que sostenía la posibilidad de erotismo entre hombres (Buffington en Rodríguez, 2012).

Representaciones sociales

De acuerdo con Fernández (1994), la lectura de Moscovici inicia la última versión de la psicología colectiva refiriéndose especialmente a que la representación social es puntualmente la percepción (Blondel, 1964) y las memorias colectivas (Halbwachs, 2004), donde la categorización del objeto determina su percepción; o bien, donde lo presente se equipara con lo pasado para preservar la continuidad de la realidad. El trabajo del autor representó una alternativa al predominio positivista del conductismo y el cognitivismo. Su tesis

doctoral investigó el impacto del psicoanálisis en el pensamiento de la sociedad francesa a fines del siglo XIX e inicios del XX, y propuso un sentido común “cientificado” debido a la socialización de la ciencia en la población no científica; con ello, asume que la ciencia es parte de nuestra visión de la vida cotidiana. En su trabajo, Moscovici distingue el sentido común o conocimiento de primera mano como un cuerpo de conocimientos producido por los integrantes de un grupo, basado en la tradición y el consenso, sin que haya sido corrompido por la educación; mientras que el conocimiento de segunda mano se deriva de la ciencia. El interés del autor es mostrar cómo una nueva teoría es difundida en una cultura determinada, cómo es transformada en ese proceso y cómo cambia, a su vez, la visión que la gente tiene de sí misma y del mundo en que vive.

Moscovici propone una concepción de “sociedad pensante” constituida por símbolos que se comunican entre sí; es decir mediante la actividad comunicativa que acontece entre las personas (Fernández, 1994). Como si se tratara de una atmósfera que se recrea a sí misma, se mantiene y se corrige “de memoria” gracias a los mitos, las creencias, las representaciones sociales, mismas que consisten básicamente en que los acontecimientos y objetos extraños que suceden en la realidad sean incorporados, “anclados”, a un nombre, una categoría, un paradigma ya existente y públicamente admitido como válido, el cual le otorga a los objetos extraños una familiaridad gracias a la cual son pensables e imaginables para poder ser proyectados en el mundo, “objetivados” y vistos entonces como realidades que siempre hubieran estado ahí: hacer que lo extraño se vuelva familiar, para lo cual lo que se presenta, se representa (Fernández, 1994).

Dicho de otra forma, para Fernández (1994), la representación social supone la existencia de un pensamiento colectivo, establecido, lento, constituido por lo que es públicamente reconocido como real, ya sean las categorías genéricas, las tradiciones, la estructura social; es decir, lo duradero que al parecer brinda la sensación de un mundo ordenado y con sentido. Por otro lado, hay un pensamiento

rápido en la sociedad constituido por los impactos perceptuales, las conversaciones, las modas, las innovaciones y la dinámica social que tienen en su haber objetos extraños que ocurren.

Lo desconocido, dice Fernández (2006), puede aparecer por todas partes como acontecimientos y choques culturales que no pueden ser conocidos tal cual, debido a que no encajan bien en la estructura de ese pensamiento lento. La función del pensamiento rápido es quitarles su forma desconocida novedosa y acomodarlos en las formas viejas de los objetos reconocidos del pensamiento lento; por consiguiente, se tiene que dar un proceso de transformación simbólica de los objetos extraños para que se ajusten y puedan ser reales en el conocimiento establecido. De esta manera, asegura el autor, “la realidad se crea de ir la conociendo” (Fernández, 1994, p. 193).

Por otro lado, cabe reconocer que la psicología de los pueblos de Wundt influyó notoriamente el pensamiento de Durkheim y sus representaciones colectivas, concepto que fue retomado por Moscovici y por G. H. Mead y el interaccionismo simbólico. En cuanto a las representaciones sociales (Farr, 1984), puede decirse algo similar con respecto a pensamientos pertenecientes a la psicología social, el planteamiento original de actitud de Thomas, la sociología de Durkheim, el interaccionismo simbólico de Mead y la “psicología ingenua” de Heider quien emprendió la defensa del estudio de ésta, entendida como el sistema de conocimientos psicológicos de sentido común que utilizan las personas en la vida cotidiana tanto para explicarse a sí mismos como para entender a los demás y actuar en consecuencia. Sin embargo, cabe diferenciar, por un lado, el énfasis dado a los fenómenos cognitivos y, por el otro, el reconocimiento pleno de la dimensión social en los procesos psicológicos.

A fin de ilustrar lo anterior, se puede contrastar la categorización cognitiva propuesta por Bruner con la categorización social en el sentido de Tajfel, fenómeno íntimamente relacionado con la identidad social definida en términos de pertenencias grupales (en Ibañez, 1992). Para reconocer tal dimensión social, derivada de la crisis de la psicología social en los años setenta, no basta sólo con

considerar el impacto de los factores sociales sobre los procesos psicológicos, ni que estos están en un marco siempre social. Se trata de reconocer la propia construcción social de los procesos psicológicos, ya sea la construcción social de la percepción del yo, de las emociones, de la inteligencia, del déficit e incluso del pensamiento ordinario (Ibañez, 1992).

A fin de comprender qué es una representación social y ante la dificultad que representa definirla, ya que no se trata de una estructura sólida y acabada, se expone la formulación propuesta por Ibañez (1992) a partir de los planteamientos de Denise Jodelet, quien junto con Serge Moscovici, es una de las principales investigadoras al respecto.

Así pues, la noción de representación social... antes que nada concierne a la manera en que nosotros, sujetos sociales aprendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro ambiente, las informaciones que en él circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano. En pocas palabras, es el conocimiento espontáneo, ingenuo que tanto interesa en la actualidad a las Ciencias Sociales, ese que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común, o bien pensamiento natural, por oposición al pensamiento científico. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, este conocimiento es, en muchos aspectos, un conocimiento socialmente elaborado y compartido. Bajo sus múltiples aspectos intenta dominar esencialmente nuestro entorno, comprender y explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen en él, actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo (Jodelet en Ibañez, 1992, p. 172).

Las representaciones sociales se constituyen a partir del fondo cultural común acumulado en la sociedad a lo largo de la historia (Ibañez, 1992) que circula a través de toda la sociedad bajo la forma de creencias, valores, referencias históricas y culturales que conforman

la memoria colectiva e incluso la identidad de la propia sociedad. Según el autor, este trasfondo cultural moldea con fuerza la mentalidad de una época; por consiguiente, las representaciones sociales se encuentran en el conjunto de condiciones económicas, sociales e históricas que caracterizan a una sociedad determinada, así como en el sistema de creencias y valores que en ella circulan.

Como tales, las representaciones sociales se constituyen en las diversas prácticas sociales relacionadas con las distintas modalidades de la comunicación social, ya sean medios masivos, revistas de divulgación científica y conversaciones cotidianas, todas participan en la conformación de la visión de la realidad que tienen las personas sometidas a su influencia (Jodelet, 1984). Por consiguiente, al estar inmersos en un permanente trasfondo conversacional (Ibañez, 1992), las representaciones sociales no sólo afloran, sino que, a su vez, se constituyen en las conversaciones, aspecto por el cual resulta difícil cuestionar nuestra forma de ver la realidad (Moscovici y Hewstone, 1984), por lo que los grupos a los que se pertenece y el estatus que éstos tengan en la sociedad predisponen a participar en ciertos contextos conversacionales, en lugar de otros, así como a verse expuestos a ciertos contenidos conversacionales, preferentemente, que a otros.

Las representaciones sociales cruzan y se cristalizan a cada momento a través de un gesto, una palabra, un encuentro (Farr, 1984). Los procesos comunicativos están hechos de representaciones sociales; en ese sentido, la teoría de las representaciones sociales supone asumir el fenómeno en cuestión como un hecho social. De modo que si Wundt consideró al lenguaje como catalizador de la relación del hombre con su colectividad y con la cultura como producto, Mead aborda la comunicación como forma de interacción que toma como unidad de análisis al acto social (Gutiérrez y Piña, 2008). Para Mead (1932), el hecho social adquiere esta cualidad en la medida en que surge de los actos sociales, los cuales son un espacio simbólico que va más allá de cualquier interacción de actos individuales; tal como puede ejemplificarse a través de la indagación

realizada por Bautista y Conde (2006) en torno al fenómeno de la prostitución en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Los diferentes actores (prostitutas, clientes, organización de sexoservidoras, proxenetas, entre otros) enfrentan una realidad psicológica que se construye socialmente y no es propia de la naturaleza humana, sino que, a decir de las autoras, se trata de objetivaciones culturales que expresan una cosmovisión propia de la sociedad mexicana compartida por quienes participan en ella y también por quienes no.

La comunicación y la vida cotidiana son los ámbitos de toda representación social; es en la vida cotidiana donde se concretan las formas de pensamiento social. En cuanto al estudio de la sexualidad, las representaciones sociales existen en los respectivos procesos de socialización a partir de los cuales se van comunicando las pautas de comportamiento y normas de conductas sexuales que las sancionan como deseables y aceptables. Los agentes de socialización de la sexualidad pueden ser múltiples y variados; sin embargo, la familia, los grupos de amigos, la escuela, la religión, las leyes y los medios de comunicación masiva son fundamentales. En congruencia con lo anterior, para el interaccionismo simbólico toda conducta humana, incluida la sexual, es simbólica y es producto de la interacción entre individuo y sociedad. Está asociada a diferentes actividades y a sus respectivos significados. Estos afectan cómo nos pensamos a nosotros mismos y cómo nos relacionamos con los demás (Longmore, 1998). En ese sentido puede destacarse el desempeño de roles socialmente construidos. Desde este enfoque tanto la sociedad como la sexualidad pueden concebirse como construidas socialmente y, por tanto, esta última no será la misma para todas las personas ni para los grupos. Los investigadores han manifestado especial interés en estudiar la socialización sexual en términos de valores y significados de los fenómenos sexuales. Asimismo, los procesos de anticipación de las reacciones sociales de los actos propios y las de los demás, van delineando la conciencia del sí mismo, en términos de Mead (1932), cuestión que forma parte de un proceso de socialización de la sexualidad y el género, desde

la infancia. De esta manera, hombres y mujeres aprenden a anticipar qué es lo que se espera de ellos y cómo ajustarse al anticipar tales respuestas de los demás.

Finalmente, entre algunas de las respuestas dadas a la crisis epistemológica de la psicología social en la década de los setenta, se planteó al construccionismo social como un intento para encontrar una metateoría que representara una alternativa ante los modelos empiristas hegemónicos de la ciencia (Ibañez, 1992). Como perspectiva, se plantea que los procesos mediante los cuales las personas describen y dan cuenta del mundo se construyen en la interacción, por lo que la sexualidad debe analizarse como producto de la acción humana, en un contexto determinado. Las reflexiones construccionistas proponen la crítica cultural, epistemológica y teórica del pensamiento científico moderno. Entre sus supuestos básicos están el antiesencialismo, las problemáticas de explicación psicológica, como producto del intercambio social que deben situarse histórica y culturalmente, y que la realidad no existe con independencia del conocimiento que producimos o de cualquier descripción que hagamos de ella. En ese sentido y en concordancia con la denominada posmodernidad, el estudio sobre la historia de la sexualidad de Foucault aporta una fuerte crítica a los discursos sobre la sexualidad y sus criterios de normalidad y patología.

Mirar a la sexualidad desde esta perspectiva crítica requiere reconsiderar los discursos institucionales presentes en la sociedad, desde la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, especialmente porque si bien puede haber buenas intenciones no hay conocimiento neutro al respecto. La sexualidad se construye en la interacción, y al ser el lenguaje un sistema simbólico por excelencia, contribuye a la construcción, la legitimación y el despliegue de significados compartidos. En esta línea construccionista, el análisis de los discursos cuya lógica predominante de forma sutil o velada promueva prejuicios y estereotipos hacia la diversidad sexual o invisibilice y excluya diferentes identidades y prácticas sexuales resulta fundamental. Un ejemplo de lo expuesto puede apreciarse en el

análisis de las estrategias discursivas que operan para establecer la categoría del trastorno de la identidad sexual (TIS) como un objeto en el ámbito de la salud mental. El análisis realizado por Martínez-Guzmán e Íñiguez-Rueda (2010), consiste en la identificación y discusión de actos de habla y estrategias retóricas para la construcción del “hecho” en el texto correspondiente al TIS en el DSM-IV, a partir del argumento de cómo tal categoría, meramente descriptiva, asume las identidades que no se ajustan a un sistema dominante de género como patológicas.

UN EJEMPLO: ¿CUÁLES SON LOS ELEMENTOS QUE CONFORMAN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LOS ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL DE TERCER SEMESTRE SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD?

Para ilustrar algunas de las nociones de la psicología social sociológica, y debido a que la homosexualidad es un tema relevante dentro de las investigaciones sobre sexualidad, en este apartado se utilizan datos recientes derivados de una tesis de licenciatura defendida en marzo de 2014, en la Ciudad de México (Pérez, 2014). Se trata de mostrar cómo las formas del pensamiento social no sólo dan cuenta de los objetos estudiados, sino también aluden a un grupo específico que las construye y comunica.

El tema de la homosexualidad ha sido estigmatizado durante siglos; en las diversas culturas, existen elementos en común al respecto. Introducirse en el discurso que hay sobre la homosexualidad, basado en la percepción del alumnado, la manera como se estudian tales significados compartidos y las categorías asociadas a las representaciones sociales, ponen sobre la mesa cómo el individuo en grupo adquiere, comparte y construye significados a partir de las pertenencias grupales. Este trabajo coloca al grupo como unidad de análisis y como una entidad social que influye en la percepción y en las representaciones sociales que se tienen

de un objeto de estudio; en especial hace referencia al sentido de pertenencia como fenómeno que influye en las percepciones y comportamiento del individuo. Los procesos psicosociales involucrados son la percepción como forma de pensamiento compartido y la categorización social. Asimismo, también se enfatiza la mentalidad del grupo y los discursos que produce y reproduce entre los integrantes, así como la influencia de estos y los pensamientos colectivos involucrados en el proceso de su adquisición. Se reconoce la importancia del significado como proceso individual de origen social y su función que tiene dentro del grupo y los procesos sociales.

Resulta de especial interés que la institución donde se realizó la investigación tiene la finalidad de formar a profesionales en el ámbito educativo; por consiguiente, el análisis del discurso sobre la homosexualidad percibida por el estudiantado, sus puntos principales, las bases de la significación y las representaciones sociales destacan que el tema de la homosexualidad sigue siendo controversial dentro de la sociedad mexicana y sigue manteniendo algunos significados que desde hace años se han utilizado para referirse al tema. En ese sentido, es importante destacar cómo es que los significados se construyen a partir de una cultura y una sociedad que es moldeada por el contexto en que se encuentra; de igual modo, los miembros de un grupo adquieren significados compartidos a partir de sus grupos de referencia.

El discurso gira en torno a temas como el género, el sexo y las preferencias, bajo la consideración de que la homosexualidad incluye comportamientos específicos que caracterizan a las personas homosexuales. Se presenta una conducta de rechazo hacia las personas homosexuales en mayor o menor grado, según el contexto. Para las y los estudiantes, la sexualidad resulta una actividad controversial por ser vista como algo personal e íntimo; en cuanto al tema de la homosexualidad, aparecieron las infecciones de transmisión sexual, cuestión que remonta a antiguos diálogos de patologización del homosexual mantenidos por generaciones. La

categoría género es central para los estudios de homosexualidad donde el poder y la relevancia masculina influyen en la percepción que se tiene hacia las personas homosexuales. En otras palabras, la discriminación ante las personas y actos homosexuales siguen vigentes en los discursos y las conductas; se mantiene el discurso y el pensamiento social que considera a la homosexualidad como enfermedad, gran parte ha sido adquirido a partir de los estereotipos que se manejan en los medios. Se tiene la creencia de que las personas homosexuales son hombres, y en menor grado se habla de la homosexualidad femenina. Los estudiantes mencionan el respeto como uno de los principales valores de una sociedad para mantener una relación de tolerancia entre los miembros. Reconocen la discriminación hacia las personas homosexuales y perciben la igualdad como el acto de ser equitativo con ciertos derechos y obligaciones que la sociedad demanda; sin embargo, consideran que la cultura no permite que exista igualdad desde el momento en que existen categorías donde cada sexo debe cumplir con expectativas sociales.

En general, se concluye que la sociedad tiene gran influencia en las percepciones y discursos, los cuales se reproducirán y reconstruirán en los años siguientes. La educación es parte fundamental de este proceso; no obstante, la cultura también continúa siendo parte de la educación, ya que nos permite adquirir los primeros conocimientos del mundo social. De igual modo, las categorías que se narran y que crean un discurso, han sido construidas a partir de la cultura y se mantienen por el hecho de la existencia de bases del pensamiento colectivo, el cual configura una interpretación básica al momento de pertenecer a un grupo social. No obstante, los significados compartidos no dejan de pertenecer a una sociedad, como también un individuo sigue compartiendo el sentido común, aun con toda una formación en ciencias.

La homosexualidad es una categoría estigmatizada por una cultura y una sociedad decidida a mantener control de un sistema construido hace mucho tiempo; no obstante, toda investigación

tendrá que enfrentarse a discursos predominantes, como también a las nuevas formas de percibirlo. Si bien los grupos sociales transforman estructuras y significados, para los estudiantes resulta muy difícil tratar de comprender y aceptar una categoría como es la homosexualidad, al no ser una práctica que conduce a la procreación, incluso se le llegó a concebir como expresión de bestialidad (Laqueur, 1994). Con base en lo anterior, se requieren transformaciones en términos de percepción social, así como la emergencia de otras categorías sociales para lograr un cambio de visión de este fenómeno social que ha existido y se ha mantenido en la búsqueda de digno reconocimiento.

Se ha dicho que las representaciones sociales son una forma de conocimiento social, una manera de pensar e interpretar la realidad representada por un grupo. De este modo, puede darse cuenta de la forma en que los estudiantes aprenden de los acontecimientos vividos, del medio social y de las informaciones y conocimientos que circulan a su alrededor; en este caso, de la homosexualidad. Por ello, es de gran importancia conocer la representación social que el estudiantado elabora en la interacción con el mundo circundante.

Llama la atención que la representación social apunta más al género que a la discriminación. Sin embargo, en el análisis cualitativo se puede apreciar que a pesar de que los estudiantes hablan de discriminación, también tratan de clasificar al homosexual. Pude apreciarse cómo se cambia el discurso de discriminación por el de femineidad y el de masculinidad. Al parecer, la representación social pasa a otro plano; es decir, de discriminación a género, pero sin bases sólidas, lo cual puede indicar que la categorización pesa más que la representación social. Lo anterior puede comprenderse a partir de que es probable que en muchas de sus clases, y en otros espacios, algunos estudiantes hayan escuchado sobre el género; sin embargo, qué tanto esto cambie el pensamiento de los mismos resulta desconocido.

SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA SEXUALIDAD

La educación de la sexualidad ha sido y es centro de interés para la psicología, basta con recordar que dicho tema encabeza los trabajos de licenciatura anteriormente citados. La literatura es vasta en cuanto a la diversidad de investigaciones e implementación de programas bajo la suposición de mejoras con respecto a nuevos temas, muchas veces de moda, recursos pedagógicos y estrategias de intervención, a fin de influir en la vivencia de experiencias sexuales responsables.

En nuestro país, la educación sexual ha sido un tema bastante polémico; entre reformas y protestas se ha demostrado que la impartición de educación sexual no propicia la actividad sexual desmedida; por el contrario, fomenta prácticas seguras. No obstante su implementación de forma generalizada, los resultados no han sido los esperados (Pick y Díaz Loving, 1994). Una primera crítica la expone Careaga:

La mayor parte de esta educación está orientada a la prevención de enfermedades de transmisión sexual, al conocimiento de los órganos reproductivos y de algunos recursos para la anticoncepción. Es decir, ni siquiera en este plano reproductivo se enfoca a considerarlo como un amplio proceso, sino que se restringe a proporcionar información sobre las posibles consecuencias del coito, muy lejos de un proceso formativo que de herramientas respecto del disfrute del cuerpo, de un sano relacionamiento (Careaga, 2003, pp. 199-200).

Aunado a lo anterior, cabe reconocer que la educación sexual está centrada en la cultura occidental, que se enfoca en categorías binomiales y estadios del desarrollo de manera que la sexualidad queda fragmentada en dimensiones biopsicosociales. Incluso, en muchas ocasiones, los objetivos de talleres y programas de sexualidad difieren con las demandas y necesidades de quienes los reciben, tal como sucede con el interés por el erotismo y el placer.

Para Corona (1994), el objetivo de la educación sexual es modificar ciertos conocimientos, actitudes y valores respecto de la sexualidad en todas sus manifestaciones. Este planteamiento puede resultar ideal y a la vez ser confrontado por otras fuentes de información o por valores fuertemente arraigados. Dicho en otras palabras, no puede ignorarse que el proceso educativo de la sexualidad y la percepción de la misma está influenciado por el contexto social, por lo que se escucha en los medios, se ve en la calle y se vive en la casa, sin dejar de lado la posición ideológica y las características de los integrantes de la comunidad educativa, como los directivos y los docentes. A partir de lo anterior, cabe preguntarse si los contenidos referentes al tema de la sexualidad en ciertas asignaturas cumplen o no sus objetivos, e incluso, qué tan distante es la manera que se tiene de percibir la sexualidad y la que se trata de formar a través de los libros, especialmente, porque representaciones sociales y actitudes van en ocasiones en sentido contrario al discurso académico, mismo que encuentra su base en una perspectiva individual a partir de planteamientos como asertividad, autoestima, proyecto de vida, sin considerar el contexto social ni los grupos a los que pertenecen los estudiantes.

Otro caso puede ilustrarse con el cambio de actitudes como tema de interés para la psicología social. Desde un modelo individual, las actitudes de un grupo tendrán que ser modificadas de persona a persona; en contraste, desde un planteamiento social, el cambio de actitudes tendrá que sustentarse en la revisión de valores e ideas socialmente compartidas. El fracaso en el cambio de actitudes olvida la importancia de los grupos en la constitución y transformación de las mismas. Monguilod y Martínez (2004) lo exponen claramente: las campañas de prevención del sida se han basado en la difusión del uso de preservativos. Estas campañas, con frecuencia de poco éxito, no han considerado los valores culturales involucrados en el comportamiento promovido del uso del preservativo. Por ejemplo, que su uso está en contradicción con las concepciones de masculinidad dominante, o que incluso interviene con otros valores sociales como

la falta de confianza en la pareja. Por ello, intentar promover cambios a nivel individual es pedir que se atente contra las normas y valores de su sociedad o grupo de referencia.

Finalmente, habrá que tener presente que la escuela se sitúa más en el lado público de la división entre público y privado, mientras que la sexualidad está claramente en el lado privado (Epstein y Johnson, 2000); sin embargo, las escuelas como espacios de socialización de la sexualidad desarrollan actividades cotidianas en las cuales se ponen en juego identidades sociales y diversas formas de vida enmarcadas en las diferentes culturas informales y las mismas condiciones institucionales. No obstante, como sostienen los autores citados anteriormente, aunque se hable mucho de sexo en las escuelas, el modo en que la sexualidad aparece en las interacciones de alumnos y docentes conlleva estrategias de control y de resistencia.

Con frecuencia el significado del término educación se ha reducido a la relación enseñanza-aprendizaje formales; sin embargo, dicha relación ha sido problematizada desde diversas perspectivas e interpretaciones del fenómeno educativo. Algunas de ellas lo definen como transmisión cultural, adquisición de habilidades demandadas por el mercado laboral, fomento del desarrollo natural y transformación de contenidos acumulados. Entre las demandas actuales que se le han planteado a la institución educativa están la educación para la equidad de género, la formación ciudadana, la democracia, la multiculturalidad, el uso de las nuevas tecnologías, la brecha digital, entre otras. Todas ellas pueden ubicarse en el terreno de los procesos de socialización más que en el psicopedagógico, limitado a la fórmula enseñanza-aprendizaje.

Por otro lado, entre los objetos de estudio de las ciencias sociales se encuentra la socialización y sus diversas perspectivas, instancias, procesos, objetivaciones y producciones. La institución educativa no ha sido la excepción en cuanto al tema, ya que de manera específica contribuye a este proceso a partir de las prácticas sociales, el currículum formal y el currículum oculto. Aunado a lo anterior, cabe reconocer la existencia de procesos psicosociales y culturales que se

han naturalizado en la vida cotidiana de la educación. La escuela no representa un contexto homogéneo para todos, las desigualdades se han cristalizado en configuraciones culturales cuyas implicaciones conllevan a limitaciones para ciertos grupos y, como ciertas representaciones, operan en el terreno del pensamiento social.

Por consiguiente, arribar a la comprensión del fenómeno educativo de las sexualidades implica considerar la relación estrecha entre el aula, la escuela, el sistema educativo y la sociedad, reconocer la dinámica social e institucional en la que se desenvuelve la educación como capacidad de transformación sociocultural frente a las realidades sociales existentes. Consecuentemente, la educación de las sexualidades puede pensarse desde la perspectiva psicosocial, como campo de construcción social, como un proceso de socialización y como un espacio cultural relacionado con prácticas cotidianas, mentalidad y lenguaje.

Con base en lo anterior, resulta primordial revisar cuáles son los modelos de ciencia que se practican en la denominada educación sexual y dar cuenta de cómo un proceso de racionalización del sentido común de la sexualidad ha predominado y pretendido favorecer un pensamiento científico de la misma en la institución escolar, dejando de lado el pensamiento de sentido común, tan valioso de acuerdo con lo expuesto en este escrito. Tal situación puede apreciarse en la psicología hegemónica, sus técnicas cuantitativas y sus pretensiones de generalización de modelos de explicación del comportamiento, las cuales han delineado esta concepción de la educación sexual, olvidando la experiencia histórico-cultural que como tal debe considerarse. Ante ello, caben las siguientes preguntas: ¿cómo se lograría incorporar una perspectiva histórico-cultural de la sexualidad?, ¿se logra incorporar dicha perspectiva en la formación de los educadores de la sexualidad?

Un segundo punto de vital importancia es considerar los aspectos de las desigualdades sociales, económicas y la inequidad de género en materia de la impartición de la educación sexual. A pesar de los avances en cuanto a la inserción de las mujeres al mercado

laboral, de que se han cuestionado las viejas ideas sobre el papel tradicional de la mujer en la sociedad, de que su desempeño en el ámbito educativo revela una eficiencia terminal mayor que la de los varones y de que su empoderamiento político ha fortalecido la democracia, los avances no han sido suficientes. Existen mecanismos de la desigualdad en la socialización de niños y niñas que les adjudican funciones diferenciadas y los llevan a ocupar posiciones desiguales en la sociedad; estos mecanismos pueden analizarse a partir de las relaciones de poder en el marco de la división social del trabajo y en la manera en que se van legitimando en la forma de organización social y, por supuesto, en la educación de la sexualidad. Aspectos como la pobreza y la injusticia social están aún sin atender a pesar de la publicación de nuevas leyes y acuerdos que todavía no garantizan la igualdad ante el trabajo, la educación, la salud y la pareja; especialmente porque las prácticas sociales y culturales machistas están fuertemente arraigadas en la vida pública y privada.

REFLEXIONES DISCIPLINARES: APORTACIONES Y RETOS

Las ciencias sociales, como forma de conocimiento históricamente construido, han puesto a discusión la distribución de los saberes en los diversos campos disciplinarios y han propuesto transformar las fronteras disciplinarias a una ampliación de la actividad intelectual (Wallerstein, 1996). Ante la complejidad de los fenómenos y las demandas que las problemáticas actuales plantean a la investigación social, es posible que algunos acepten la transformación de fronteras disciplinarias, mientras que otros no. Algunos han pugnado porque se reconozca a la identidad gremial como una vía de reactivación de las ciencias sociales, a diferencia del planteamiento interdisciplinar que presenta dificultades para atender las discusiones de fondo de cada uno de los campos de conocimiento (Bautista y Martínez, 2004).

Cada disciplina tiene sus orígenes, sus historias y sus disputas. En el espacio de la academia dan cuenta de “lo social” a partir de un cuerpo conceptual. En ese sentido, la discusión entre disciplinas no anula la emergencia de preguntas y propuestas, sino que las enriquece. Lo que habrá que aclarar es que en este trabajo se reconocen las aportaciones de la interdisciplina, e incluso de la transdisciplina, y en ningún momento se pretende que las ciencias sociales no discutan académicamente entre sí. El planteamiento que aquí se ha expuesto se ha centrado en la reflexión de las aportaciones y disputas de una tradición de pensamiento disciplinar.

Con base en lo anteriormente expresado, en este trabajo se concibe la sexualidad como construcción social relativa al tiempo y al espacio, y en espera de que la problematice como un fenómeno sociocultural, a diferencia de que se le utilice para atender urgencias o se le reduzca a un paliativo en la impartición de talleres. En contraste, este escrito pretende reconocer que la psicología social se constituye tanto en la psicología como en la sociología y que puede entenderse “como perspectiva desde la cual analizar la vida social, que como un conocimiento con objeto de estudio específico” (Álvarez y Garrido, 2003, p. 47). Como podrá recordarse, en el inventario de tesis sobre sexualidad los temas comparten algo en común: el tratamiento de la sexualidad como un hecho objetivo y neutral. Por ello, y a pesar de existir muchas formas de hacer psicología social, resulta imprescindible conocer los orígenes e historia de las distintas disciplinas como una plataforma que permita el acercamiento a la comprensión de la sexualidad; en este caso resulta inevitable posicionarse en lo dicho por Ibañez,

... los fenómenos psicológicos no vienen dados, sino que son contruidos a través de unas prácticas que por ser “nuestras” son inevitablemente contingentes, sociales e históricas. Es decir, cambiantes, cambiables y relativas a una cultura dada. Esto significa, también, que los fenómenos psicológicos están parcialmente conformados por la manera en que los representamos, es decir, por los conocimientos que producimos acerca de ellos (Ibañez, 1992, pp. 267-268).

También será necesario tomar distancia de los temas a los cuales se recurre una y otra vez, sin crítica alguna, y es que, vista así la sexualidad, junto con todas sus innovaciones y desavenencias, resulta ser un tema bastante trillado.

Otro requerimiento para el estudio de la sexualidad desde esta mirada, es reconocer la centralidad que tiene la vida cotidiana, a menudo vista como algo superficial y obvio; habrá que rescatar las conversaciones cotidianas donde pueden apreciarse las peculiaridades de cada sociedad y cultura, desde el punto de vista de los actores sociales. Por otro lado, habrá que incluir en la reflexión de la sexualidad los usos sociales del lenguaje y la importancia de la corporalidad, así como los valores y su uso, abuso o erosión. Asimismo, habrá que pensar la sexualidad desde las relaciones entre grupos; por consiguiente, las teorías de la influencia social, las minorías activas y temas como el estigma pueden hacer aportaciones interesantes en cuanto a la disputa del poder en la sociedad. La reconstrucción de la sexualidad como fenómeno desde un sentido histórico y desde una perspectiva psicosocial crítica, puede ofrecer una argumentación que explique por qué el cibersexo, por ejemplo, resulta novedoso, o bien, cómo diferentes formas de manifestación del erotismo tienen sus antecedentes en el pasado.

También se considera primordial revisar críticamente conceptos como diversidad, multiculturalidad e inclusión, ya que, muchas veces, se utilizan más como un eslogan en el marco de una sociedad fragmentada. Tampoco pueden quedar fuera de la reflexión las transformaciones sociales y las nuevas formas de relaciones eróticas y afectivas, la construcción de nuevas identidades en el cruce con las sexualidades y el ejercicio de los derechos, las nuevas prácticas de sexualidad y sus significados. Todos ellos pueden considerarse como el reflejo del quiebre de algunas normas y tradiciones; sin embargo, a la vez, ponen en evidencia otras normas sociales fuertemente arraigadas, que fomentan el desarrollo de una doble moral, tema por demás interesante y pertinente de investigar.

Ante las prisas y urgencias de estos tiempos actuales, cabe recordar que la sexualidad y el género conforman ese pensamiento lento y subterráneo, citado anteriormente, que parece que no se mueve ni cambia, en contraste con el pensamiento veloz y apremiante de la dinámica social actual que demanda, exige y propone. De manera que, aunque, por ejemplo, el cine proyecte el reconocimiento de María Magdalena como la legítima esposa de Jesús, resulta imposible que se modifique el dogma y su imagen sea “reivindicada”. A manera de pensamiento lento, la sexualidad como creación cultural está investida por valores y por una lógica afectiva que se gesta y se transforma en la vida cotidiana, aunque no se note. En ese sentido, además de las aportaciones relevantes de diversas investigaciones sobre estudios de la sexualidad y las emociones vinculadas a la corporalidad, pensar la sexualidad desde la propuesta de la afectividad colectiva (Fernández, 1994) como proceso simbólico que antecede a los objetos dotados de lenguaje, puede ser otro tema de interés y relevancia. Especialmente si se considera que el pensamiento colectivo se basa mucho en la afectividad y, como tal, se mantiene casi igual por largos periodos de la historia, a través de las costumbres, los hábitos, las tradiciones, las mentalidades, los principios, los valores, los sentimientos, las cualidades morales, entre otros.

Finalmente, tal vez tenga sentido preguntar, en términos de la sexualidad y el género, ¿cuáles son las formas que encarnan este pensamiento afectivo?, ¿cuál es el pensamiento afectivo con respecto a la sexualidad que todavía está operando?

Por otro lado, la discusión que hace Rodríguez (2012) sobre la pérdida de la memoria comunicativa en el porfiriato y la desmemoria cultural de los mexicanos y su afán por universalizar el presente, señala que un asunto tan urgente de ser atendido en el presente, como lo es el género, no se resuelve con reinventar el latín agregando y cambiando vocales, tal como sucede hoy en día. Lo que sí puede apreciarse es el movimiento del pensamiento social en su perspectiva de tiempo y lugar. En este caso, la temporalidad hace que en esta

época no sea encerrada ni enviada a la hoguera la persona que escribió este texto, primero por ser mujer y, segundo, por escribir sobre sexualidad. Y si bien se ha dicho que tanto el género como la sexualidad son procesos de larga duración, es importante seguir hablando de ellos para que se sigan conformando como pensamiento social y participen en esa gran conversación que es la sociedad.

Por último, hoy en día estamos imbuidos de un pensamiento consumista donde cuestiones como el sida, la homosexualidad, la violencia, el cambio de sexo y la pedofilia han obtenido publicidad total (Verdú, 2003). Este autor concibe la publicidad como cierta transformación de lo íntimo, ahora expuesto a la observación pública y a la lógica de consumo. Temas como los *reality shows*, la metáfora pornográfica, la clonación, las nuevas categorías sexuales, ponen el acento en la expresión cultural de las sexualidades a nivel global. Estas imágenes de la vida cotidiana actual también requieren reflexionarse; por último, todos juntos con nuestras sexualidades incluidas estamos permeados por un contexto neoliberal contemporáneo. Por ello, necesitamos analizar cómo es que entendemos nuestro propio pensamiento sobre la sexualidad, y es que no podemos contar cosas de la sexualidad que no estén en el pensamiento social. Ese es otro desafío.

REFERENCIAS

- Álvaro, J. (2003). *Fundamentos sociales del comportamiento humano*. Barcelona, España: UOC.
- Álvaro, J. y Garrido, A. (2003). *Psicología social. Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid, España: McGraw Hill.
- Amuchástegui, A. (1988). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos. En I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 107-135). México: El Colegio de México.
- Baumeister, R. (2001). *Social psychology and human sexuality*. Nueva York, Estados Unidos: Psychology Press.

- Bautista, A. y Conde, E. (2006). *Comercio sexual en La Merced: una perspectiva constructivista sobre el sexoservicio*. México: UAM Iztapalapa.
- Bautista, A. y Martínez, G. (2004). Interdisciplina en las ciencias sociales, ¿horizonte o límite? En A. Nebbia y M. Mora (coords.), *Análisis social e identidades* (pp. 147-171). México: UAM Iztapalapa.
- Blondel, C. (1964). *Introducción a la psicología colectiva*. París, Francia: Troquel.
- Camarena, L. (2009). Aproximaciones metodológicas a las percepciones de las mujeres embarazadas. Calidad de la atención médica en el embarazo y durante el parto. En A. Ortiz-Ortega y A. Rosales (coords.), *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 373-420). México: UPN-UABC.
- Careaga, G. (2003). El racismo y el sexismo en las expresiones sexuales. *Revista La Ventana* (18), 294-310.
- Corona, E. (1994). Resquicios en las puertas: la educación sexual en México en el siglo XX. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo III* (pp. 681-707). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Dávalos, E. (2002). *Templanza y carnalidad en el México prehispánico. Creencias y costumbres en la obra de los frailes historiadores*. México: El Colegio de México, Programa Salud Reproductiva y Sociedad.
- Dávalos, M. (1994). Familia, sexualidad y matrimonio durante la Colonia y siglo XIX. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo I* (pp. 153-175). México: Conapo-Porrúa.
- Doise, W. (1983). Tensiones y explicaciones en psicología social experimental. *Revista Mexicana de Sociología*, 45 (2), 659-686. México: UNAM.
- Epstein, D. y Johnson, R. (2000). *Sexualidades e institución escolar*. Madrid, España: Morata.
- Farr, R. (1984). Las representaciones sociales. En S. Moscovici, *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 495-534). París, Francia: Paidós.
- Fernández, P. (1994). *La psicología colectiva un siglo más tarde*. Barcelona, España: Anthropos.
- Fernández, P. (2006). *El concepto de psicología colectiva*. México: UNAM.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. Madrid, España: Siglo XXI.
- García, G. (2007). Psicología social y género. En M. Á. Aguilar y A. Reid (coords.), *Tratado de psicología social. Perspectivas socioculturales* (pp. 96-119). Madrid, España: Anthropos.
- Gutiérrez, S. y Piña, J. (2008). *Educación superior. Representaciones sociales*. México: Gernika.

- Gruzinski, S. (1988). Confesión, alianza y sexualidad entre los indios de Nueva España. Introducción al estudio de los Confesionarios en lenguas indígenas. En *Seminario de Historia de las Mentalidades. El placer de pecar y el afán de normar* (pp. 178-210). México: INAH-Joaquín Mortiz.
- Haces, M. (2009). Homomaternidades y homopaternidades. En A. Ortiz-Ortega y A. Rosales (coords.), *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 249-277). México: UPN-UABC.
- Halbawachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Madrid, España: Anthropos.
- Haliczer, S. (1998). *Sexualidad en el confesionario. Un sacramento profanado*. Madrid, España, Siglo XXI.
- Ibañez, T. (1992). *Psicología social construccionista*. México: U. de G.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En S. Moscovici (dir.), *Psicología social II* (pp. 469-504). Barcelona, España: Paidós.
- Laqueur, T. (1994). El destino es la anatomía. En T. Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud* (pp. 55-120). Madrid, España: Ediciones Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer (*Serie Feminismos*).
- Longmore, M. (1998). Symbolic interactionism and the study of sexuality. *The journal of sex research*, 35 (1), 44-57.
- Martínez-Guzmán, A. e Íñiguez-Rueda, L. (2010). La fabricación del trastorno de identidad sexual: estrategias discursivas en la patologización de la transexualidad. *Discurso y sociedad*, 4 (1), 30-51. Recuperado el 7 de septiembre de 2016 de [www.dissoc.org/ediciones/v04n01/DS4\(1\)Martinez%26Iñiguez.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v04n01/DS4(1)Martinez%26Iñiguez.pdf)
- Mead, G. (1932). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mínello, N. (1998). De las sexualidades. Un intento de mirada sociológica. En I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 35-47). México: El Colegio de México.
- Monguilod, P. y Martínez, M. (2004). Naturaleza y organización de las actitudes. En T. Ibañez (coord), *Introducción a la psicología social* (pp. 183-255). Barcelona, España: UOC.
- Monroy, A. (1994). La sexualidad en la adolescencia. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo II* (pp. 693-730). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Moscovici, S. y Hewstone, M. (1984). De la ciencia al sentido común. En S. Moscovici (dir.), *Psicología social II* (pp. 679-710). Barcelona, España: Paidós.
- Navalles, J. (2012). Razones del por qué y del para qué de una Psicología social. *El alma pública*, 5 (9), 76-85.

- Ortiz-Ortega, A. y Rosales, A. (2009). *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos*. México: UPN-UABC.
- Pérez, M. (2014). *¿Cuáles son los elementos que conforman las representaciones sociales de los alumnos de la UPN de tercer semestre sobre la homosexualidad?* Tesis de Licenciatura. México: Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco.
- Pick, S. y Díaz Loving, R. (1994). Metodología psicosocial en la investigación de la sexualidad. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo I* (pp. 73-96). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Pick, S., Givaudan, M. y Díaz Loving, R. (1994). Panorámica de la investigación psicosocial en sexualidad en México. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo I* (pp. 97-121). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Rodríguez, Y. (2009). Erotismo y jóvenes: el placer en la investigación social de la sexualidad. En A. Ortiz-Ortega y A. Rosales (coords.), *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 279-322). México: UPN-UABC.
- Rodríguez, S. (2012). Tres instantáneas de memoria comunicativa a favor de la discusión del género en México. *Uaricha Revista de Psicología*, 9 (18), 14-37. Recuperado el 7 de septiembre de 2016 de http://www.revistauaricha.umich.mx/Articulos/uaricha_09
- Rosales, A. (2009). Sexualidades, identidades de género y cuerpo entre mujeres indígenas en contextos urbanos. En A. Ortiz-Ortega y A. Rosales (coords.), *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 209-247). México: UPN-UABC.
- Rosales, A. (2011). *Sexualidad, derechos y violencia. Enfoques y conceptos para la enseñanza*. México: UPN.
- Rubio, E. (1994). Introducción al estudio de la sexualidad humana. En E. Rubio y C. J. Pérez (coords.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo I* (pp. 17-46). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Salgado, N. (1998). Migración, sexualidad y sida en mujeres de origen rural: sus implicaciones psicosociales. En I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 155-171). México: El Colegio de México.
- Schiavon, R., Ortiz, O., Ubaldi, N. y Troncoso, E. (2009). Atención a la violencia sexual en México: experiencias de colaboración entre sociedad y Estado. En A. Ortiz-Ortega y A. Rosales (coords.), *Aportaciones a los estudios de las sexualidades y los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 171-204). México: UPN-UABC.
- Szasz, I. y Lerner, S. (1998). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*. México: El Colegio de México.

- Szasz, I. (1998). Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México. En I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 11-31). México: El Colegio de México.
- Villanueva, K. (2012). *La percepción social que tienen los estudiantes de tercer grado de secundaria sobre sexualidad*. Tesis de licenciatura. México: UPN.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona, España: Anagrama.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. México: Paidós Ibérica.